

ORANDO CON LA PALABRA

(Segundo Domingo de Cuaresma)

“ Jesús tomó consigo Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bueno es estar aquí!. Si quieres, haré tres tiendas una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:” Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo”. Al oírlo , los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándoles les dijo: “Levantaos, no temáis”. Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.”

(Mt. 17,1-9)

En los inicios de este tiempo de Cuaresma, la Palabra nos presenta hoy, una experiencia fundante, en el proceso de personalización de la fe: el encuentro de Pedro, Santiago y Juan con Jesús transfigurado.

Tras el desierto, Jesús se lleva a sus discípulos a la montaña. Les ofrece un espacio de silencio, de serenidad y de luz para contemplar su rostro transfigurado, para percibir el “ya, pero todavía no”, de su presencia en plenitud.

En el misterio de la presencia del Padre, resuena: “Este es mi Hijo amado, escuchadlo”. Escuchar y acoger a Jesús, supone dejarnos transfigurar en el encuentro con Él, dejar que toda la luz, todo lo bueno y limpio que hay en nosotros, aflore como humilde testimonio de su presencia.

Que en este proceso pascual, nos dejemos llevar a la “montaña”. Que encontremos espacios de silencio y quietud , dónde, transfigurados en su Presencia, podamos intuir y desear lo que supone vivir en Él y en plenitud.

Que hagamos camino hacia la Pascua, abriéndonos con hondura y sencillez al encuentro con Él. Si así lo vamos intentando, bajaremos del monte con el rostro y los vestidos limpios, transparentes. Transfigurados en Él, acogeremos la realidad, la nuestra y especialmente la de todas las personas que sufren, con su mirada compasiva y su corazón hospitalario.

ORACIÓN

En el ritmo agitado
de nuestro vivir cotidiano,
necesitamos volver a subir
a la montaña.

Necesitamos espacios de encuentro
para respirar contigo el aire del Espíritu,
y dejar que transforme nuestras vidas
opacas y ensombrecidas,
en llamas vibrantes
portadoras de fuego y calor
de luz y esperanza.

Recordamos y agradecemos
los momentos,
en los que tu cercanía
se ha hecho Presencia reconfortante ,
serenidad unificadora,
experiencia vital fundante,
que ha reactivado nuestra fe
y dinamizado la esperanza.

Que la experiencia luminosa
del encuentro contigo,
haga renacer en nosotros,
la ilusión y el compromiso.
Que ningún temor nos paralice,
que ningún fracaso nos derrumbe,
que la esperanza,
reverdecida en la montaña,
oriente e impulse nuestro caminar.

Queremos agradecer
desde la paz profunda
que nos envuelve en la montaña,
la vida que nos regalas,
la posibilidad
de entregarla,
de recrearla cada día,
de saborearla
en los proyectos
y los sueños compartidos.

Que fortalecidos en ti,
bajemos del monte
a la realidad cotidiana,

con actitudes renovadas
para asumir con ilusión
nuestras pequeñas responsabilidades,
para acoger problemas
y dificultades,
para encontrarnos con nuestros hermanos
con las manos abiertas
y la mirada compasiva.
Para abrirnos al mundo
y compartir con él,
dolor, lucha y sueños.

En el misterio de la montaña
la voz del Padre
resuena sobre ti:
“Este es mi Hijo amado,
escuchadlo”.

Queremos escucharte
en tu Palabra,
en los rostros
de los que caminan a nuestro lado,
en la realidad sangrante de tantas gentes
y tantos pueblos,
empobrecidos y en conflicto constante.
Queremos escuchar y anunciar tu Palabra
en nuestra sociedad cambiante,
que camina desconcertada,
que necesita nuevas formas
de vivir y de expresar la fe.

Queremos escucharte en el silencio,
dónde todo se funde en la unidad del Misterio,
dónde se gesta la vida y la esperanza,
dónde la Presencia
se hace llamada y compromiso
a compartir el caminar de nuestros hermanos
hacia una Tierra reconciliada....
resucitada,
en plenitud.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

